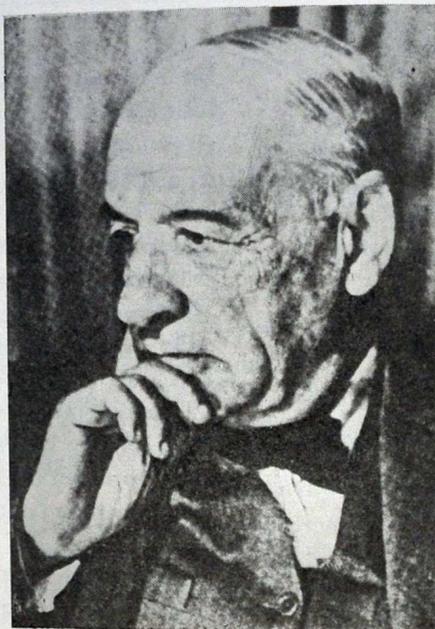


Una figura universal



Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO

CONDE DE CANILLEROS



N día, en 1947, José María de Cossío me dijo:

—Don José Ortega quiere leer tu libro sobre Diego García de Paredes. No sé por qué causa, tiene gran interés por conocerlo. Creo que debes mandar un ejemplar antes de que lo compre.

Le mandé un ejemplar dedicado, con la lógica satisfacción que siempre causa el saber que una figura intelectual de primer orden se interesa por leer lo que uno ha escrito.

Pocos días más tarde me llegó el acuse de recibo en unas líneas en las que, al mismo tiempo que agradecía el envío, comentaba bondadosamente mi obra.

Al encontrarme luego con don José, se extendió conmigo en comentarios, con una serie de detalles que me probaron que había leído

el libro detenidamente. Yo no pude resistir a la tentación de preguntarle la causa de su interés por conocer mi obra.

—Siempre valoré a Diego García de Paredes —me contestó— como una figura universal, sobre la que nada importante se había escrito y a la que siempre tuve yo interés por conocer a fondo. La publicación de su obra en las Grandes Biografías, de Espasa-Calpe, despertó mi curiosidad, porque supuse que sería un trabajo definitivo. Ahora ya conozco al famoso héroe en todas sus dimensiones y confirmo mi opinión de que hay que valorarlo como una figura universal.

Mientras le expresaba mi gratitud por los cariñosos comentarios, me repetía mentalmente aquella frase suya: «una figura universal». Pero no la aplicaba a mi biografiado, sino a mi interlocutor; porque no había duda de que don José Ortega y Gasset era una figura universal.

Le vi muchas veces, asistí a los cursos de Humanidades que diera en Madrid, en el Cine Barceló, y escuché en diversas ocasiones sus comentarios en privado. Sería ridículo querer descubrir, ni valorar aquí la magnitud del filósofo, del pensador, del maestro que dejó huella imborrable en la cultura mundial. Esto no es ni puede ser más que un comentario, en el que entren algunos datos de su vida, no de su obra, cuya sola mención rebasaría todos los límites.

Había nacido en Madrid, el 9 de Mayo de 1883; pero le oí decir en una ocasión que descendía de gallegos, andaluces, extremeños y riojanos. En Extremadura traté yo a su pariente don José Rosado Munilla, que residía en Plasencia.

En mis primeros recuerdos de juventud, el nombre del filósofo iba unido al de su padre, don José Ortega Munilla, muy popular entonces por estar intensamente consagrado al periodismo. También fue ésta una actividad del hijo, el cual decía que nació sobre las máquinas de un periódico, cosa cierta, porque vino al mundo en el piso de encima de la imprenta en que se tiraba *El Imparcial*, que dirigía su padre.

Como es sabido, joven, en 1910, sucedió a don Nicolás Salmerón en la cátedra de Metafísica de la Universidad Central. A mí siempre me pareció curiosa esta primera relación con un apellido de vieja resonancia republicana, en contraste con los años de bachillerato, que Ortega cursó en un colegio de Jesuitas.

Su postura política como republicano, tuvo un lógico tono de mesura, patente en la repulsa al separatismo, que pretendía disgregar a España, y en la disconformidad con los gobiernos de la Repú-

blica Española, a los cuales censuró en la conferencia que diera en el Real Cinema, llamado entonces de la Opera, a la cual asistí.

A mayor abundamiento, le escuché luego, en sus últimos años, desentendido de lo político, hablando de España y de Europa, del pensamiento y del hombre, de arte y de literatura, del suceso del día y del vivir cotidiano, de lo grande y de lo pequeño, con total olvido de las cosas políticas.

Cuando a María Luisa Caturla le entregaron el nombramiento de Hija Adoptiva de Llerena, dio en su domicilio una fiesta a la que asistió don José y a la que yo estaba invitado y no pude asistir por encontrarme ausente de Madrid. Cuando más tarde vi a Ortega y me lamenté de no haber estado en la fiesta, él me dijo, en tono de broma, aludiendo a las tradicionales hazañas de fuerza de García de Paredes:

—Hay que hacer como su biografiado: arrancar las rejas que estorban al amor y tomar en los brazos la pila de agua bendita, para que no se moleste la madre en ir hasta ella. Usted tenía que haber hecho todo, para no faltar a la reunión de María Luisa.

Yo pensé que también en este comentario, como en aquel otro en el que me habló de una figura universal, había algo que directamente le afectaba. Ortega, titán de la inteligencia, había arrancado rejas de estrechez y removido piedras de errores, para dar más anchura y firmeza al vuelo del pensamiento.

No mucho más tarde, el 18 de Octubre de 1955, moría en Madrid don José Ortega y Gasset, Su muerte tuvo proporciones de duelo nacional, con ecos en el mundo entero. La bandera ondeó a media asta en el Ateneo madrileño y no hubo clases en la Universidad. Todo era lógico, ante la desaparición de uno de los más grandes pensadores que ha tenido España; de uno de los hombres que más honda huella han dejado en el pensamiento humano.

Cuando supe su fallecimiento, lo único que se me ocurrió fue coger mi libro sobre García de Paredes. Era el vínculo más entrañable que me unió con el maestro. Estaba orgulloso de que aquellas modestas páginas escritas por mí, las hubiese leído él. Al releer yo, tenía la sensación de que Paredes, el heroico y forzado paladín, me devolvía, agradecido, aquel juicio, para que yo se lo ofreciese como postrer tributo al maestro, proclamando que Ortega era, auténticamente, una figura universal...

Barajas de la Sierra (Ávila)

A José Canal

La noche en este pueblo castellano
es el largo silencio de la piedra.
Una calle que lleva su pasado
de muro en muro por la estrecha cuesta.

Pregúntase el viajero por las casas
de patios enlosados y macetas;
por una luz que vela una ventana;
por una flor que asoma de una grieta.

El viajero no sabe sino sombras,
las pátinas de siglos que se impregnan
en los muros del pueblo; y pasa y toca
esas manchas del tiempo de la ausencia.

Van los recuerdos por la calle arriba
y está la vida oculta tras las puertas
o sólo son fantasmas los que habitan
en el largo silencio de la piedra.

Nada más que silencio. Y aún la noche
que duerme soledades mientras queda
el viajero perdido como un hombre
triste de lejanías y de estrellas.

Hugo Emilio PEDEMONTE